

José Luis Brea

Ela Wozniewska: Una psicografía (de lo) Primordial

Diría que hay dos vías –cuando uno se enfrenta al trabajo de Ela Wozniewska. La primera es reconocer lo que ve como escritura, como una especie de escritura primordial, ideográfica, en la que el significado contenido en cada signo no depende de un previo conocimiento del código (aquella famosa competencia lingüística de que hablaba Chomsky) sino que es directa e intuitivamente aprensible en la propia arquitectura formal del significante, de la figura. La segunda en cambio tiene que ver con toda esa apasionada investigación contemporánea en la producción de la vida artificial. En cierta forma, sería equívoco elegir leer esta obra en una dirección olvidando la otra. Quiero decir que me parece esencial reconocerle la doble condición de escritura –en un sentido muy primordial, en aquel sentido en el que Derrida hablaba de la arquiescritura como el dominio extendido de todo aquello que precisamente reside al imperio de lo verbal, de lo oral– y experimentación casi robótica en la producción de formas –por supuesto muy elementales– de vida artificial, autónoma. Se me ocurren dos referentes muy característicos de la cultura contemporánea que quizás puedan ayudarnos a entender lo que digo: por un lado los tamagochis, por otro los emoticones. Con ambos tiene algo esta obra de Ela Wozniewska que ver –y creo que entenderlo así ayuda a apreciar esa doble dimensión.

Pensemos en los tamagochis. Si conseguimos olvidar el carácter lúdico y un poco infantil del simulacro que representan, podríamos apreciar en ellos su apasionante vida elemental, en cierto modo autónoma –me atrevería a decir que son los primeros robots logrados que la humanidad ha conseguido fabricar – pero sobre todo y al mismo tiempo emocionalmente dependiente. Esa dependencia es de doble dirección, represente un doble vínculo: y por supuesto ata sobre todo al poseedor, de quien depende no sólo la supervivencia –y el nacimiento, la enfermedad, la salud o la muerte– del pequeño ser, sino también su estabilidad emocional y psíquica, su felicidad. Lo que más interesante me parece en relación con estos pequeños inventos, con estos pequeños simulacros de vida artificial –no me parecería disparatado imaginar que el año 97 pasara a la historia de la humanidad como el año en que se inventaron los tamagochis– no es tanto el hecho de que gracias a su programación informática puedan tener una vida más o menos autónoma, sino más bien al contrario el hecho de que se den a sí mismos como «escritura» (quizás en el sentido arriba sugerido) y establezcan su propio modo de existencia en función de la capacidad de aquellos que se relacionen con ellos para leerlos, para intepretarlos „adecuadamente“. Acaso en ello nos dan una gran lección, relacionando la vida principalmente con la lectura. Podrían quizás aprender de ello los investigadores en vida artificial: ni el movimiento, ni la supervivencia, ni tantas otras de las cualidades que se intentan reproducir, son las características par excellence de lo vivo. Sino justamente la capacidad de „leer“ y „ser leído“ por lo otro, por todo aquello externo (el afuera foucaltiano) con lo que cualquier sistema se relaciona. Sólo en la medida en que un sistema acierta a „escribirse“, por tanto, en un alfabeto adecuado tiene su supervivencia como singularidad asegurada. Quizás lo más interesante de los tamagochis es que este darse como escritura interpretable (que requiere ser interpretada adecuadamente para sobrevivir) es el hallazgo de que el dominio en el que esa escritura primordial sobre la que se eleva el mismo principio del existir –como comunicar, como un darse de lo escrito a ser leído– tiene una índole primordialmente afectiva, emocional, es del orden del deseo y la relación con el otro, con lo otro.

Eso es también lo que los emoticones –esas figuras que permiten introducir en la escritura pequeños memorándums de gestos, como el smile– vienen a recordarnos. Justamente en el más frío de los medios contemporáneos, la naciente comunicación electrónica, la sabiduría popular ha inventado un repertorio de notaciones mínimas con los que cargar a la fría escritura impersonal de una presencia, simulada, del sujeto, del espectro sustraído de su emotividad. Con ello se construye un vocabulario intuitivo y no repertorizado de guiños al lector que salmodian de afectos el puro discurrir gramatológico del texto.

En cierto sentido, la pintura ideogramática –menos jeroglífica que emoticonica– de Ela Wozniewska está emparentada con todos estos avatares contemporáneos del signo vivo. Si ella desciende a una exploración de lo más elemental y secreto del signo –cuya esencia no es otra que ese potencial de significancia espontánea– lo hace para entregarnos un alfabeto

vivo, el de una escritura que fotografía lo profundo del espíritu, del sentir. Estos pequeños seres elementales son entonces, y al mismo que una escritura dotada de vida propia, una psicografía de lo primordial. Y de lo que más nos hablan – con esos gestos tiernos de apenas recién nacidos– es de la arquitectura genérica de los afectos, del deseo. Escuchen –con los ojos entrecerrados– su continuo frasear, su parloteo elemental. Habla de nosotros.